



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 3.

JUEVES 17 DE MARZO DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

NECESIDAD DE QUE LA EDUCACION SOCIAL ESTÉ BASADA EN EL PRINCIPIO RELIGIOSO, por J. de Dios de la Rada y Delgado.—LOS FÓSFOROS, por José Gonzalez de Tejada.—RICARDO CROMWELL.—LA SOMBRA DEL DIABLO, (Continuacion), por Francisco de P. Entrala.—LA GIRAFÁ, por J. de D.—LOS PATACHOS, por A.***—EL TÁBANO, fábula, por Juan Eugenio Hartzenbusch.—El espórito, cuento escrito en ruso, por Gregorowich, traducido al castellano.—QUE SE LO CUENTE A SU TIA, letrilla, por Adrian Viudes Giron.—LA CATAPULTA, por J. de D.—AGRICULTURA.—LAS BLANCAS, romance, por Pedro F. Reymundo, —CANTAR, por Manuel Seco y Shelly.

NECESIDAD

DE QUE LA EDUCACION SOCIAL ESTÉ BASADA EN EL PRINCIPIO RELIGIOSO.

Hay en el corazon del hombre un sentimiento, que en toda edad y en toda época de cultura porque haya pasado en su forzosa graduacion la especie humana, existe imperecedero como la virtud en el mundo.

Emanacion de la inteligencia, sobrevive aunque perezcan las generaciones y los pueblos, y como esa impalpable luz que vemos flotar á veces sobre los cementerios, luz del espíritu, brilla siempre sobre la tierra, vasto sepulcro y cuna de los siglos. Ese sentimiento es el sentimiento religioso. Vive en todos los hombres; y aunque tomando diversas formas, constituye el carácter distintivo de la especie.

No es este el lugar oportuno para demostrarlo, ni verdad tan reconocida necesita demostracion. La historia de la humanidad está encargada de ello, y nos lo repite sin cesar donde quiera que le encontremos, ya se pierda y aun se aniquile en el Oriente con la idea del ente infinito, ya olvidándole en Grecia, ó buscándole por distinto camino, se entregue sin tregua ni descanso á una inmensa actividad humana, ya en el mundo romano se hunda en la sima del egoismo personal, ya en los pueblos germánicos enlace la unidad divina con la naturaleza humana, para dar origen con esta reconciliacion, segun el dicho de He-

gel, á la libertad, á la verdad y á la moralidad.

Donde quiera que encontremos al hombre, habremos de hallarle, rindiendo tributo á un ser superior que la misma espiritualidad de su ser le revela, aunque en su conocimiento y en su culto tropiece sin cesar con el error, hasta el brillante amanecer del día de la regeneracion divina; y ese sentimiento, uniforme en el fondo aunque vacío en sus manifestaciones, constituye quizá el único principio de unidad de la especie.

Inmensa llama de marcada luz, el ser infinito sirve de centro á los espíritus que animan á los hombres, chispas desprendidas del gran foco, que sin cesar, de él nacen y en él se confunden.

Por eso, con poco que nos detengamos á observar ya á las sociedades, ya al individuo, hallaremos siempre cierta uniformidad de sentimientos, que da origen á esas ideas absolutas, símbolo de la unidad de nuestro ser.

Pero descendamos á la aplicacion de estos principios.

Los pueblos, segun nota acertadamente un escritor de nuestra patria, «en tanto existen, en cuanto los hombres abriga los mismos pensamientos y ceden á los mismos deseos en una multitud de puntos y de casos que afectan á la vida íntima de las naciones. Los vínculos sociales son mas fuertes allí donde las ideas caminan mas uniformes, donde la opinion es mas convergente» donde reina un verdadero espíritu público, donde existe en una palabra, el principio de la unidad, que como base de la creacion, es la base de la existencia, ya la encontremos esparciendo vida, en la individualidad del hombre, ya seres complejos en las naciones, hombres gigantes que tienen por miembros hombres pequeños. ¿Y dónde habremos de buscar ese principio de unidad, tan necesario que sin él no pueden concebirse los Estados?

El interés personal enlaza á los hombres.

El cálculo por el convencimiento del aisla-

miento y las ventajas de la union llevan el mismo fin.

Pero el interés personal conduce al egoismo, y el egoismo es la antítesis de la unidad compleja.

El cálculo acaba donde el egoismo empieza.

La razon se extravía, y la destruccion del orden sigue de cerca á sus errores, y el orden es la cualidad indispensable de la unidad.

¿Dónde únicamente podremos hallarla para hacer de multitud de familias una sola, de diversas naciones una sola tambien, de la raza del hombre, por último, la raza de los hermanos?

En el sentimiento religioso. En ese sentimiento uniforme que vive imperecedero al través de los siglos, y que constituye emanacion del espíritu, la unidad del ser humano es la unidad de la inteligencia.

Fuera de él no hay unidad posible, y asi vemos si consultamos las historias de todos los pueblos y de todos los tiempos, que ha sido el gran pensamiento que los jefes de las naciones han tratado de llevar á cabo cuando se han encontrado al frente de asociaciones irregulares como formadas de partes heterogéneas.

¿Y cuál es el medio de que ese principio no se pierda y con él la sociedad? Sí, la instruccion pública bien entendida es el mas sólido cimiento de la felicidad de los pueblos, el principio religioso ha de ser la base de la enseñanza. De otro modo solo conseguiríamos desarrollar una actividad sin término, y aumentado las aspiraciones del hombre con la instruccion, hacer que el egoismo con su frio y estéril sentimiento hiélase el corazon de nuestra juventud paralizado en accion progresiva.

Sin moralidad no puede existir su estado; moralidad sin religion no puede concebirse: necesario es que el principio religioso conduzca al hombre á la práctica del bien, no por cálculo ni por egoismo, sino por amor; no por interés material sino por el placer de obrar-

le; no por sancion penal, sino por satisfaccion de conciencia.

Y si la necesidad de que el principio religioso sirva de base á las instituciones de los pueblos, es una verdad innegable, todavía hoy es mas necesaria atendida la índole del siglo en que vivimos. No se crea que preocupados ó fanáticos, vayamos á abogar por su ridículo misticismo, que en su exageracion inescusable, á fuerza de querer elevar el espíritu, le paraliza; á fuerza de querer engrandecer al hombre, le aniquila; á fuerza de querer elevar su razon, le deja inútil para el mundo. No; pero tan lejos estamos de tropezar en este escollo, como de querer, por alejarnos de él, llegar al extremo opuesto de arrancar al hombre su fe y su religion.

(Se concluirá.)

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

LOS FÓSFOROS.

Esta sentencia moral
fija en tu memoria ten:
«te doy luz si me usas bien,
y muerte si me usas mal.»

Tal es el pensamiento litografiado con tinta azul en algunas cajas de fósforos fabricados por Lizarbe y compañía de Cascante.

No sé de quién será aquella redondilla; lo que sé es que en la fábrica de Cascante se hacen mejores fósforos que versos: aquellos cuatro, sin embargo, son una escepcion; no parecen nacidos entre sebo y misto, sino entre las flores del Parnaso.

El que al encender un fósforo lee en la tapa de la caja aquella sentencia moral, de seguro se queda suspenso por un instante ó se quema los dedos por pensar en ella.

Ya se ve ¡quién habia de creer que una caja de fósforos trajera á la imaginacion tantas ideas! ¡Ay! ¡qué engañados están ustedes! Un fósforo representa en la sociedad actual el mismo papel que representaba una calavera entre los solitarios de la Tebaida. ¡Un fósforo nos recuerda tantas cosas, y sirve para tantas otras!

En primer lugar, los fósforos se hacen de estearina. La estearina ya saben ustedes que no es otra cosa que sebo en trage de gala; sebo salido de su esfera, á quien sucede lo mismo que á las personas que se salen de la suya: en cuanto le aprietan entre los dedos mancha, en cuanto le encienden da humo y mal olor, es decir, enseña la punta de la oreja.

El nombre de estearina es una necesidad social. El siglo poetiza todas las cosas dándoles un nombre que no es el suyo. Si á ciertos hombres se les diese la calificacion que merecen por sus obras, no podria admitírseles mas que en la cárcel; con un mote tienen carta franca para lucir en sociedad.

Figúrense ustedes que un periódico al anunciar el baile de la condesa de Tal ó la señora de Cual, dice que la sala estaba alumbrada *a giorno* por millares de bujías esteáricas, y todos los lectores se taparán los ojos deslumbrados, pero donde se lee bujías esteáricas, escriban ustedes velas de sebo, y no habrá persona que no se tape las narices.

Un fósforo encendido es imagen de lo breve de nuestra existencia. Nace metiendo ruido; pónese cualquier venticillo á punto de apagarse, y concluye su breve luz dejando solo un montoncillo de cenizas que se esparce por el suelo, y una espiral de humo que se disipa en los aires, perdiéndose en la atmósfera. ¿Creen ustedes que con esto no hay bastante para esclamar como el doctor Pandolfo? «¡Válgame Dios, lo que somos!»

Y si en un fósforo se retrata nuestra miserable condicion, en una caja de ellos veo yo la imagen de todo un pueblo. ¡Con qué simetría están colocadas aquellas cabecitas azules! ¡En qué poco espacio se encierra un ciento de

aquellas blancas y al parecer inofensivas cerillas! Que caiga, sin embargo, una chispa de vuestro cigarro sobre el misto, y vereis en un punto devorado todo por las llamas.

Otra reflexion importante se me ocurre al encender un fósforo. No conociéndolos, ¿cómo encenderia nuestra madre Eva la lumbre para hacer el almuerzo á sus hijos? ¡Ay! lo cierto es que nosotros hemos alcanzado la verdadera época de las luces: ¡como que las llevamos apagadas en el bolsillo!

Hé aquí otra cosa que tampoco llegaron á conocer los pueblos antiguos: el bolsillo. Nosotros en cambio los llevamos en la levita, en el chaleco y en los pantalones. En cualquiera de ellos pueden colocarse los fósforos; sin embargo, es espuesto llevarlos en los bolsillos de los faldones, porque al sentarse por descuido encima de ellos, se veria cualquiera convertido en cometa de cola luminosa.

Lo que se puede guardar sin peligro ninguno en cualquier bolsillo, es la conciencia. De todos los objetos que se fabrican para bolsillo ninguno tan de bolsillo como éste. Ni la misma *gutta percha* le iguala en flexibilidad, y hasta le hemos arrancado las espinas que pudieran punzarnos alguna que otra vez, al guardarla en el bolsillo del pecho.

Dejemos atrás la conciencia y volvamos á los fósforos: en ellos está representada á lo vivo la industria moderna. Cojan ustedes una caja y contemplen que para hacerla ha sido preciso tener una fábrica muy grande donde se perfecciona y desfigura la grasa animal dejándola sin olor, el cual se regala en forma de humo á los vecinos, donde se hila el algodón, que vino expreso de los Estados desunidos, donde se bate la papilla azul que luego sirve de escondite al fuego, y se prepara el carton y se pega la arenilla. ¡Cuánta gente ocupada para todo esto! Y luego añadan ustedes el que fabricó el carton, y el que hizo el papel, y el litógrafo que dibuja las caricaturas, y los que las estampan y... ¡Ave Maria! hasta la musa (Dios la perdona) que fabricó las coplas que van encima.

¡Oh poder de la division del trabajo! para hacer esta pequeña obra ¡cuánta gente necesitó emplearse! Y sin embargo, lo que entre tantos hicieron lo paga cualquiera con dos cuartos. Verdad es que tampoco vale mas dinero.

De los dos cuartos debe tenerse además en cuenta, que aun se gana el veinte y cinco por ciento el chiquillo que los vende, y casi otro tanto el tendero que á éste se los despacha por paquetes, y que algun lucro ha de reportar igualmente el arriero que carga con ellos sus galeras.

Decir para qué sirven los fósforos seria tarea larga; por de pronto puede asegurarse que sirven para dar fuego. No puede por lo tanto negarse su importancia en la época actual, aun dado que no sirviesen para otra cosa. ¡Dar fuego! Esa es la tarea del siglo XIX, el que hace correr sobre hierro las noticias en forma de chispas eléctricas, ó sea de rayos; el que llena los tejados de manojos de chimeneas indicando con el humo que despiden, que abajo hay fuego; el que enciende y atiza las llamas de la patriotería empleando por fuelles los periódicos, y el que tiene por una de sus mayores glorias la de servirse de la pólvora para matar mayor número de hombres en menos tiempo.

¡Siempre el fuego y el hierro en cuanto nos rodea! Se viaja sobre hierro y arrastrados á impulsos del vapor producido por el fuego; en hierro hacemos correr por venas subterráneas el gas que alumbrá las calles y las casas; con el hierro se hacen las plumas que han reemplazado á las de ave porque hieren mas que aquellas, y porque siendo del material de que se hacen los eslabones, puédese con ellas encender mejor el fuego.

Y observen ustedes que en todos estos productos, el fuego siempre va escondido como en los fósforos. ¿Lo ven ustedes en los teléfonos? ¿Lo ven en la pólvora? ¿Lo ven en los periódicos? Esta es la índole de los fósforos;

de la misma manera que Júpiter dejaba en manos de un águila el manojito de rayos hasta el momento de arrojarlos en forma de cohetes por el mundo, sin temer que por tenerlos aquel bicho á sus pies le encendiera con ellos el mirinaque, de la misma manera cualquier animal juega hoy impunemente con los fósforos, y aun con cualquiera otra clase de fuego.

Usando bien los fósforos, nada malo puede hacerse con ellos: usando bien el fuego nada mas inocente ni mas útil. La llama de una lámpara sirve para alumbrar; el papel de los periódicos es inmejorable para hacer cucuruchos.

En el uso es donde está el secreto; cómo que la ilustracion no consiste en descubrir los fenómenos de la naturaleza, si no en aplicarlos en beneficio de la humanidad. La mayor parte de las yerbas medicinales han sido encontradas por los brutos al pastar en las praderas; un burro atado á un árbol con cuerda larga dibujó el primer círculo, segun las fábulas del señor Hartzzenbusch; vió lucir las chispas eléctricas por primera vez bajo sus dedos, el primero que pasó la mano por el lomo de un gato, y aquel á quien se le ocurrió poner á calentar el agua para beberla menos fria, aquel antes que nadie observó sin duda los fenómenos del vapor.

Pero ¡qué distancia desde el que contempla las chispas del gato ó el vapor del puchero al que sentado en una butaca de la Zarzuela ó en los económicos banquillos del café Suizo sabe cada noche por los partes telegráficos de *La Correspondencia*, lo que almorzó aquel dia Garibaldi, ó al que en una semana visita la Europa entera, arrastrado por una caldera de agua hirviendo sobre dos barras de hierro, que hacen innecesaria para viajar hasta la misma tierra!

Todos los hombres tenemos cara, pero ustedes creen que todos hacemos de ella el mismo uso? A estos les sirve nada mas que de muestra para que los amigos los conozcan; en aquellos es el espejo donde se pintan con arrugas y colores los afectos del corazon. Hay quien la forma un marco con calva artificial y barbas estudiadas para tomar el aspecto, ora de sabio, ora de capitalista ó de calavera, y no falta quien se gane el sustento, no con el sudor de su frente, si no con el adorno de su cara.

En el uso; en el uso, repito, está el mérito: ¿prohibirian ustedes la pólvora porque con ella se envian las balas de cañon francas de porte? pues vean ustedes cómo la reemplazan para abrirse paso en largas galerías por en medio de las rocas. ¡El oro! ¡Dios le maldiga! Por él se cometen todos los crímenes; él presta su amarillo color al que le guarda, quitándole el sueño y cercándole de cuidados y sospechas. ¡Ah! empléenlo ustedes en hacer bien, en socorrer al necesitado, y veránle convertirse en bálsamo que llena de dulzura su corazon, y en luciente camino para llegar al cielo. ¡Cuántos males se evitarian si no hubiera mujeres en el mundo! ¡Oh! sí; suprimanse y con eso no habrá madres, cuyas lecciones nos enseñen cuando niños á ser buenos; cuyo recuerdo nos contenga cuando hombres al cometer una accion reprobada.

Volvamos, pues, al uso de los fósforos; pero antes permítanme ustedes que encienda uno de esta caja que compré al venir á casa. ¡Es tan hermoso ver brotar de repente el fuego en aquella azulada cabecita! al mirar esa luz empiezo á comprender prácticamente la verdad de cuanto he dicho. Pero la cerilla se va consumiendo, y es preciso, ahora que tratamos del uso de los fósforos, emplearla en algo útil. ¿Quieren ustedes que acerque á la llama una esquina de mi artículo? Seria hacer buen uso de él y de ella. Aguardo la contestacion, y no tarden ustedes en darla, que serán culpables de haber hecho mal uso de un fósforo si me quemo la punta de los dedos.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

RICARDO CROMWELL.

Era el hijo menor del célebre Oliverio que figura en la historia de la república inglesa.

Nació en 1626 en Hutingdon; fue lord protector de Inglaterra, y reemplazó á su padre inmediatamente despues de su muerte, acaecida en 1658. Su gobierno fue tan irresoluto, y su carácter tan débil, que los partidos se sobrepusieron á él y tuvo que hacer renuncia de su mando en el año 1659, es decir, al año de la muerte de su padre. Entonces se retiró á Hampton Court.—Pasó al continente despues de la restauracion, y no volvió á Inglaterra hasta 1680. Habitó el condado de Hertford, con el nombre de Clark, y murió en 1712.

En el grabado que presentamos á nuestros lectores, se puede observar el rostro afeminado de Ricardo Cromwell: sus facciones manifiestan la debilidad é irresolucion que causaron su ruina.

Sostuvo toda su vida buenas relaciones con su padre, y le acompañó siempre en los disgustos que le produjo la muerte arrebatándole dos hijos en poco tiempo.

LA SOMBRA DEL DIABLO.

(CONTINUACION.)

El carruaje se detuvo por último, y Alberto en union de la familia inglesa se dirigió á la casa de su padre.

Los balcones de la casa de Margarita se abrieron en aquel momento apareciendo ella y Carlota.

Al reconocer al niño, ambas exhalaban un grito de alegría.

Alberto respondió de igual manera á aquella exclamacion y se dirigió á la puerta.

Margarita se precipitó por la escalera, arrojándose poco despues en los brazos de Alberto que la cubria de lágrimas y de caricias...

La buena madre saludó á los ingleses que por conducto de don Prudencio, le contestaron con esquisita galantería.

En seguida todos ellos subieron á las habitaciones de Margarita, colocándose en una decentemente amueblada, y en la cual encontró Alberto á Carlota.

—Señora, exclamó el del violin tomando bajo el brazo su instrumento y dirigiéndose á Margarita, es necesario castigar horriblemente al ladrón: es necesario que en toda la aldea no quede una sola persona con cabeza escepto yo y el señorito Alberto: es necesario que la *clave menor* sostenido sofoque los lamentos del *do mayor* y que una sola *nota* produzca una terrible *sinfonía*.

Margarita hizo un ligero movimiento de sorpresa y don Prudencio continuó...

—Nada de *fioriture* ni de *escalas cromáticas* á la hora de la muerte; nada de *frases* discordantes por parte del *disfunto* ni de *allegros* por los *vecinos* ó *melodías* por los parientes.

—Perdone usted si no lo entiendo muy bien, respondió tímidamente Margarita.

La desdeñosa sonrisa del sabio dilató los labios del caballero Plácido-armonía, que aceptando un aire mas familiar exclamó:

—Me olvidaba, señora mia, de que usted no estará impuesta en las sublimidades y peripecias de la música, aplicadas á la familia; así pues, diré á usted que sabedores de la muerte de don Pablo, nos llevamos á Alberto, encontrándonos ahora con que el *hombre negro*, novelesco epíteto que hace vibrar las cuerdas de mi violin y estreñe mi sistema musical, le ha usurpado sus riquezas sumiéndole en la miseria. En tal estado he resuelto dar un *tutti* final sobre las costillas del malvado y hacer de sus cabellos *arcos*, de sus huesos *teclas* y de todo él *resina* para mi instrumento.

—Muy bien dicho, exclamó Margarita, contentiendo la risa á pesar de su situación.

Don Prudencio infló entonces los carrillos, arqueó las cejas, se dobló las mangas de su raída levita, y agitando los puños en el aire con la exageracion de un traidor de melodrama, lanzó un suspiro y dirigió una aterradora mirada á la concurrencia.

Margarita se replegó atemorizada; los ingleses se miraron como diciendo: *es un valiente*, y Alberto y Carlota lo creyeron un monstruo de fuerzas y de valor.

Poco despues los ingleses convinieron en que por el jardín de casa de Margarita, podrian pasarse fácilmente al del *hombre negro*, y por él llegar hasta las últimas habitaciones de la casa de Alberto.

Así lo hicieron, y mientras ellos daban término á su peligrosa excursion, quedaron las inglesas y los dos niños con la desconsolada Margarita.

Llegado que hubieron los primeros á un pasillo solitario con puerta al fondo y cerrada por apéndice, don Prudencio aplicó la vista á la cerradura é hizo señal á sus amigos para que se detuvieran.

—¿Qué ve usted? díjole en su idioma uno de los ingleses.

—Santo Dios de Israel, exclamó sordamente don Prudencio, volviéndose estupefacto y con las manos sobre el estómago como quien le siente descompuesto.

—Pero ¿qué es, qué es?...

—¡Un hombre! ¡el hombre negro sin duda!...

Los ingleses tragarón no poca saliva y se miraron unos á otros como diciendo: ¡Ay de Inglaterra!

—¡Dejádmelo, dejádmelo! que varias veces he oído decir «la música á las fieras domesticas» y yo voy á domesticarle.

Y sin dar tiempo á que sus compañeros lo impidiesen, pulsó don Prudencio su instrumento, pero con tal entusiasmo, que es posible le oyesen hasta los sordos de la aldea, detalle suprimido no obstante por el que me narró este cuento.

Apenas se escucharon las primeras notas, abrióse la puerta, quedaron como estatuas los ingleses y cayó sobre la cabeza del violinista tal lluvia de puñetazos, que rodó por el suelo sin sentido.

Era el hombre negro, que no entendiendo de músicas, se encontró en el momento de estarse repartiendo con el aya los tesoros, que venian á interrumpirle y opinó de esta manera castigar el atrevimiento de Plácido-armonía.

Acto seguido saltó sobre los restantes, y á pesar de los esfuerzos que los mismos hicieron por sujetarle, los premió de igual modo, dirigiéndose poco despues al jardín.

Alberto se encontraba á la sazón en el de la casa de Carlota, y al verlo el hombre negro, salvó el muro de un salto, lo levantó entre sus brazos nuevamente, y desapareció por la puerta que conducía al campo.

Los gritos de Alberto resonaron en las habitaciones que ocupaba Margarita, y tanto ésta como su hija y las inglesas corrieron en su busca.

—Es en vano, exclamó al mismo tiempo don Prudencio, asomando su magullada cabeza por el muro.

Carlota, al apercibirse de lo ocurrido, exhaló un horrible grito, y cayó en brazos de su madre.

La palidez de la muerte se habia estendido sobre su semblante.

Un círculo morado rodeó sus ojos, y sus labios trémulos y balbucientes, suspiraron el nombre de Alberto.

La madre levantó entre sus brazos á Carlota, conduciéndola hasta el lecho, entre los lamentos de las inglesas y las extravagancias de don Prudencio.

—¡Ah! caballero, exclamó angustiada Margarita: tráigame usted un médico, un médico para que vea á mi hija, y corra usted en busca del pobre niño á quien tal vez ese malvado trate de asesinar.

Don Prudencio con mas miedo que voluntad

salió á la calle, y preguntando á unos y á otros consiguió llegar hasta la aldea.

Una vez en ella, se encontró con un caballero de regular edad, y le preguntó con extraordinaria cortesía:

—¿El facultativo de la aldea?...

—Yo soy, repuso el interpelado.

—¡Oh! casualidad magnífica: caballero, la niña Carlota espira como las últimas notas de una *sinfonía*: se lamenta como las cuerdas de mi *violin* y delira como las heroínas de una ópera italiana: venga usted, venga usted corriendo, se lo suplico á usted encarecidamente por la diosa de la armonía.

El médico, asombrado y confuso escuchó el relato de su desconocido y creyóle loco al principio; pero con el interés que aquella familia le inspiraba, se decidió á seguir á don Prudencio.

Este, á pesar de la urgencia del caso, no podia menos de detenerse en cuanto escuchaba el susurro del viento, el murmullo de los arroyos, el ruido de las hojas ó el trino de algun errante ruiseñor: á cada paso encontraba pretexto para detener impensadamente al facultativo, y ya imitando con su parda voz el canto de la alondra, ya el gemido de la brisa, hasta el punto de que no pudiendo sufrirle su acompañante tuviera que volver la oracion por pasiva y dar prisa al que poco antes se la habia exigido... Pero ¿qué diremos de don Prudencio, cuando al atravesar un bosquecillo, siente y escucha la voz pura y vibrante de una mujer?

—¡Oh! ¿qué es eso? exclamó el inglés fuera de sí, mientras tiraba de la levita al facultativo.

Y sin perder tiempo sacudió la cabeza, se llevó la mano al corazón, guiñó alternativamente los ojos, frunció el ceño, y señalando con su índice el sitio donde resonaba la voz, se alejó misteriosamente en la misma direccion, dejando atónito á su acompañante.

Este continuó su camino ínterin don Prudencio dando saltos y cabriolas de alegría llegó al bosque en que cantaba la desconocida. Ya no habia para él acreedores ni penas en el mundo: unos y otras huían de su alma ante el recuerdo de la aparicion celeste que pensaba encontrar.

Don Prudencio, con su imaginacion ardiente y su espíritu impresionable, creía ver entre aquella alfombra de hojas y de flores un ser resplandeciente de hermosura: un ángel con voz de cielo y formas de mujer: una vírgen fascinadora que expofeso hubiese venido de los espacios ó del paraíso, á realizar sus sueños misteriosos.

Pero no fue así.

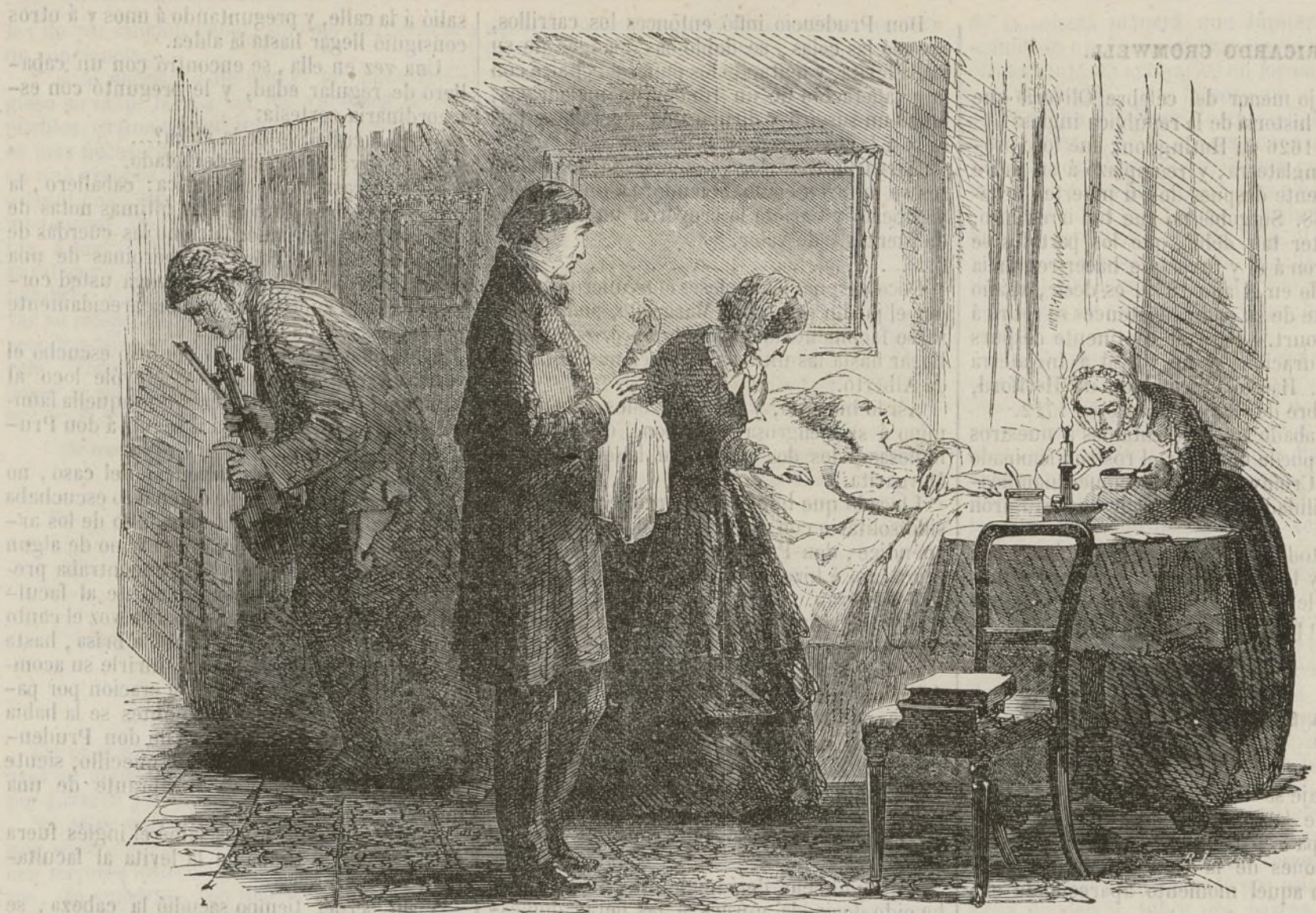
La que cantaba en la soledad del bosque, era una mujer como de cincuenta años, cuya fisonomía no tenia nada de poética y cuyo traje tenia mucho de ridículo y extravagante: rodeaba sus sienes un junco en forma de corona, al cual se hallaban enlazadas multitud de plumas de gallina y de pavo real: un vestido antiguo modelaba su cuerpo, y sobre sus hombros caía en forma de manto, un pedazo de lienzo sembrado de liras y otros instrumentos musicales.

Don Prudencio sintió al observarla cierta repugnancia natural; pero encadenando su razon á su capricho, comprendió que debia verla sublime y arrebatadora como se la habia forjado en un principio, y no titubeó en creerla poética y hermosa.

La mujer, antes que en don Prudencio, fijóse en el violin que llevaba, y dando un salto sobre su asiento, corrió hacia aquel, le estrechó, le miró, le dijo mil y mil lindezas en un momento, y tomándolo de una mano, lo condujo hasta el sitio que anteriormente ocupaba.

Atónito y sorprendido don Prudencio, la contempló de arriba abajo, pero sin atreverse á preguntarle la significacion de su estrafalario traje, ni la de sus plumas, que cresta de gallo ó adorno de indio parecían...

—¡Oh! ¡esclamó el violinista en un arrebatado de su genio musical! dime quién eres: dime



LA SOMERA DEL DIABLO.—Don Prudencio salió amostazado de la habitación.

por qué ocultas con arrugas y canas la hermosura de tu rostro angelical: dime por qué ciñes tus sienes con grotescos adornos cuando de perlas y brillantes debieran encontrarse rodeadas! ¡yo te amo! te amo porque al través de la deformidad y repugnancia de que el diablo te reviste, adivino tu peregrina belleza y los misterios en que se envuelve tu alma inmaculada: si un *do de pecho* te basta para comprenderme, yo le daré atronando la comarca: conténteme por tí esas *cavatinas* que há poco escuchaba...

—¡No es tiempo! exclamó la mujer imponiéndole el silencio con el dedo...

Recostóse entonces don Prudencio sobre la yerba aljofarada, y lanzó al aire una serie de notas *discordantes* como espresion de su dolor.

La desconocida, con la vista errante, la faz pálida y crispados los cabellos, se levantó de nuevo y entonó, con el entusiasmo y desenfreno del que se encuentra demente, una canción infernal.

—Calla, calla... exclamó despues: yo soy la diosa de la armonía...

—¡Oh! ¡deidad seráfica! repuso don Prudencio: espérame en esta soledad frondosa, y juntos pasaremos nuestra vida...

La filarmónica aparición hizo una señal afirmativa, y el violinista corrió para noticiar á sus compañeros el inesperado encuentro que acababa de tener.

XV.

Repuestos los ingleses

del quebrantamiento de huesos que sufrían y del espanto que les produjo la salida del hombre negro, se internaron en la habitación que este acababa de abandonar donde se encontraba el aya á la sazón.

Esta, que de manera alguna esperaba semejante visita, sorprendióse al verlos, sin que le quedase tiempo para ocultar los tesoros de don Pablo: razon por la cual los ingleses cayeron sobre ellos, maltratándola y arrebatándole cuanto tenía.

Alegres y satisfechos de su obra entraron

despues en casa de Margarita, en cuyo corazón no produjo el efecto que debía, la nueva que le participaban, por la enfermedad de Carlota y por cuanto acababa de ocurrir.

Cuando los ingleses supieron el rapto de Alberto, se miraron con asombro é inclinaron melancólicamente la cabeza.

Margarita sin embargo quedó encargada de devolver al niño sus tesoros, si se le encontraba, y todos se condolían de su desaparicion, cuando se presentó en la estancia el facultativo.

—¡Mi hija, mi hija! exclamó Margarita con profundo dolor.

El médico, cerciorado ya de que no era falso cuanto le había dicho don Prudencio, se acercó al lecho, la pulsó detenidamente, é hizo un mohin de desagrado.

Ninguno dejó de comprender, por el aspecto del que llamaríamos doctor, si lo fuese, que el peligro era inminente.

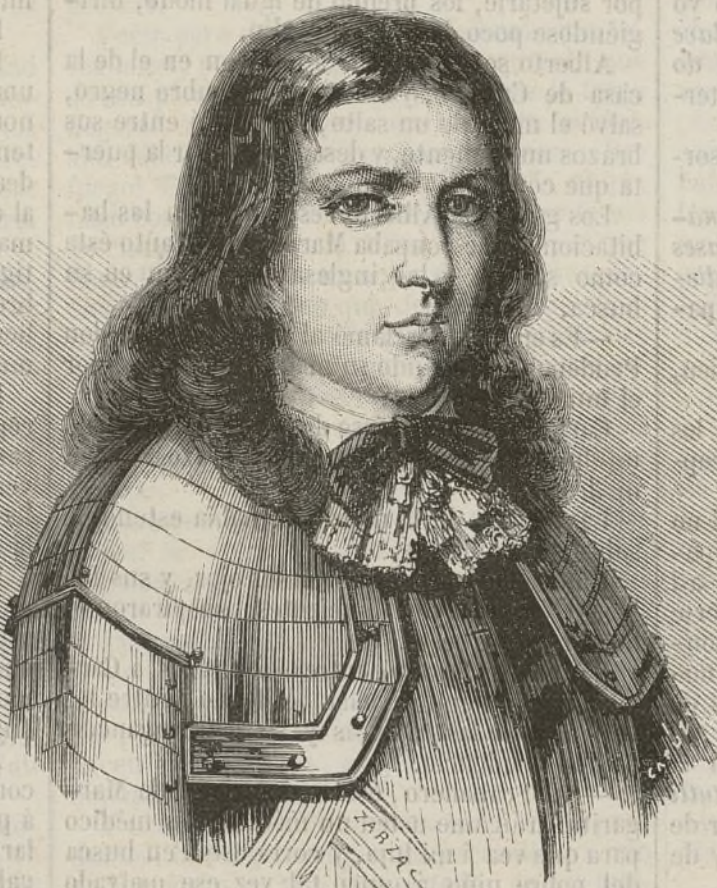
Margarita cayó desplomada sobre una silla.

Su corazón de madre presentía la muerte de Carlota.

El médico la aseguró también si no cesaba la congestion de que era víctima la pobre niña.

Los ingleses salieron apesadumbrados y estrañando la ausencia del violinista, empezaron á comentarla.

Pero en el momento de terminar sus comentarios, don Prudencio apareció en la puerta y exclamó con toda la efusion de su alma:



Ricardo Cronwell.

Tú que á Dio spiegati il vuelo
¡oh! bell' alma inanimorata...

—¡Hombre, hombre! dijo en su lengua uno de los ingleses.

—¡Oh dicha, oh placer, oh: satisfacción! continuó el músico internándose de un salto en la habitación de la enferma.

—Caballero, dijo el médico encolerizado.

Y don Prudencio, colocando el violin bajo el brazo, salió de la habitación amostazado y mal avenido con la reprimenda del discípulo de Hipócrates.

Para un hombre de la fibra del violinista, era mucho aquella ofensa; así es que sin decir nada á sus compañeros se encaminó sucesivamente en busca de la diosa de la armonía.

XVI.

Corramos ahora en presencia del hombre negro.

Luego que salió al campo y convencido de que nadie le observaba, arrastró al niño trisí, y ora atravesando espesas arboledas, ora cruzando al borde de hondos abismos, corrió y corrió hasta llegar á la cumbre de un montecillo.

Este ballábase erizado de plantas y de peñascos, por entre los cuales serpenteaban multitud de reptiles venenosos y de insectos repugnantes.

Alberto, trémulo, desfigurado, jadeante, lloraba y gemía; pero nadie se apiadaba de sus desgarradoras exclamaciones.

El hombre negro lo levantó rápidamente de los cabellos y lo arrojó por la pendiente.

Alberto lanzó un grito de espanto, y el miserable, que acaso le acababa de asesinar, se ocultó entre los matorrales del bosque, tendiéndose á la sombra de un árbol para aplacar el cansancio de su carrera y el remordimiento de su crimen.



La Girafa.

Aun no habían transcurrido cinco minutos, cuando dos cazadores, ginetes sobre fogosos caballos, se internaron por las próximas arboledas, en dirección al monte.

Temeroso el hombre negro de que le sorprendiesen, continuó el camino á su pesar, y sin apercibirse de que aun resonaban en el bosque los últimos ayes de Alberto. Pero los cazadores, detuvieron sus cabalgaduras, se miraron con extrañeza, y comenzaron á escuchar.

—¿Oyes? dijo uno de ellos á su acompañante.

—¡Sí, señor marqués!

—Son ayes de criatura.

—¡Mas bien gemidos de un moribundo!

—¿Y qué hacer? si pudiéramos salvarle.

—Probemos, señor escelentísimo.

—¡Tal vez en el matorral que tenemos á la izquierda!...

—No, no.

—¡Ah! ya se... ¡parece que es en el monte de los Leones!

—¡Oh! ¡calla por Dios, si así fuese, la muerte de ese ser es inevitable! las fieras le habrán destrozado: escucha.

Los gritos se apagaron en aquel momento.

El viento agitó las copas de los árboles, y los pájaros parecían que lloraban con la melancolía de sus trinos, la pérdida de un ángel.

Los cazadores hirieron entonces con sus afiladas espuelas los hijares de sus caballos y corrieron en diferentes direcciones, con objeto de averiguar de dónde provenían los ayes que tanto les habían sorprendido.

(Se continuará.)

FRANCISCO DE P. ENTRALA.

LA GIRAFA.

Este animal forma generalmente en las clasificaciones de los naturalistas una familia separada de los demás mamíferos rumiantes: tales son los caracteres especiales que lo distinguen.

Tienen las girafas dos cuernos cortos, cubiertos con una piel vellosa, cabeza prolongada, cuello muy largo, el tronco bajo por la parte posterior y alto por la anterior, y dos dedos solamente en sus extremidades, careciendo de otro alguno ni aun en estado rudimentario. Sus mandíbulas están provistas de treinta



Cabaña de patachos.

y dos dientes, á saber: ocho incisivos inferiores, doce muelas superiores y doce inferiores; carecen de caninos y de incisivos superiores.

La extremidad de las astas es complanada, con una corona de pelos largos; las orejas son largas y puntiagudas; la cola corta y terminada en un mechón de pelos largos: tienen cuatro tetas inguinales y su cuello está sumamente deprimido por ambos lados.

A pesar de ser este animal uno de los mas grandes, mas hermosos y mas notables, es tambien uno de los mas inútiles para el hombre. Su cuarto anterior, mas alto que el posterior, le impide hacer uso de sus fuerzas, así es que marcha vacilante y todos sus movimientos son lentos y como forzados.

La especie es poco numerosa y ha estado siempre confinada á los desiertos de Etiopía, de algunas otras provincias del Africa meridional y de la India.

Miden generalmente nueve varas y dos tercias de largo desde la extremidad de la cabeza á la cola. Tienen alguna semejanza con el camello en la figura de la cabeza y en lo largo del cuello; y con el leopardo en las manchas sembradas sobre su piel con bastante regularidad. Por eso algunos llaman *camello-leopardo* á la *girafa*.

Comen las hojas y frutas de los árboles y parece están destinadas únicamente á este alimento, pues necesitan doblar las piernas para pacer la yerba del suelo.

Estos animales son fáciles de domesticar y su mirada es apacible y tranquila.

Habitan solamente en las llanuras, andan en pequeñas manadas de cinco ó seis y á veces diez ó doce; la especie es poco numerosa. Cuando reposan se echan sobre el vientre, y esto les ocasiona callosidades en el pecho y en las articulaciones de las piernas.

Los hotentotes comen sus carnes y hacen vasos de los cuernos.

En Madrid podrán ver nuestros lectores una girafa que existe en el Retiro.

J. DE D.

LOS PATACHOS.

Estos salvajes, que habitan en el Brasil, son tan raros como su nombre; casi todos ellos viven cerca de la Villa-do-Prado. Van desnudos hombres y mujeres, y no se pintan el cuerpo como hacen en otras partes: el que hace de jefe de esta tribu lleva un gorro, unos pantalones ó cualquier otra prenda que pide á los blancos. El color de estos hombres es tostado rojizo. Se hacen aberturas en las orejas y en el labio inferior para atravesar unos pedacitos de caña que llevan constantemente. Su carácter es reservado y desconfían siempre de las gentes civilizadas. Construyen sus cabañas en las selvas de las orillas de Suecorue-sí, donde están establecidos, clavando en el suelo varios troncos jóvenes encorvados por lo alto y atados juntos, los cuales se cubren despues con hojas de patioba y de cocotero; estas cabañas son bajas y aplanadas. Cerca de cada una hay un banco que consiste en cuatro pies divididos fijos en tierra, sobre los que se ponen cuatro palos que sostienen otros colocados trasversalmente; este es el asador destinado á recibir los animales que cazan.

Algunos viajeros han dicho que los patachos comían carne humana; pero el príncipe Maximiliano Wieu-Neuwied y Francisco de Castelnau lo desmienten por completo en la relacion de sus viajes.

Estos salvajes tienen el aspecto triste y sombrío. Mientras que otras tribus del mismo país dan sus niños á los blancos de muy buena gana, estos se abstienen de hacerlo y los crían ellos mismos.

Llegan algunas veces á las ciudades para hacer cambios con las gentes civilizadas. Entran por las calles con sus armas en la mano vendiendo bolas de cera negra, arcos y flechas por cuchillos y pañuelos grandes de los

que algunos, aunque son los menos, se hacen tapa-rabos.

Abren los cocos, sirviéndose de una pequeña hacha que manejan con suma destreza y comen la almendra, sacándola con sus fortísimos dientes.

Los patachos no han estado en paz con los blancos hasta hace muy poco tiempo. Antes atacaban en las selvas á los habitantes de Villa-do-Prado, causando á veces gran mortandad á sus enemigos.

Algunos se afeitan la cabeza, dejando solamente una pequeña mecha por delante y por detrás. Los hombres, lo mismo que los de todos los pueblos de la costa oriental, cuelgan su cuchillo de un cordón pasado alrededor del cuello y llevan tambien de este modo los rosarios que se les dan.

Sus armas se parecen á las de los demás salvajes; sin embargo, sus arcos son grandísimos, llegando algunos á nueve pies de altura, y los hacen de airi ó de bignonia. Las flechas que acostumbran usar para la caza son muy cortas y las que les sirven para la guerra muy largas. Guarnecen la parte inferior de plumas de ciertas aves, como la arara, el mutum, etc.; la punta está armada de tacuarasis ó de uva. Los hombres llevan una bolsa sujeta alrededor del cuello y formada de corteza de árbol ó de cordones y ponen en ella mil cosas diferentes.

Tenemos presente el retrato de un patacho con la medida de su cuerpo; es de una estatura regular, muy delgado, tiene las facciones pronunciadas, su cara es prolongada y muy huesosa, las orejas son grandes y están desgarradas por la varita de caña que lleva atravesada en ellas, así como en el labio inferior; su mirada es triste y manifiesta poca inteligencia.

Los portugueses se tratan con ellos, aunque son rarísimos los que entienden su lengua.

Casi todos los viajeros hablan de estos salvajes; pero están discordes en muchas cosas que no nombramos por no poder aclarar la verdad.

A***

EL TÁBANO.

FÁBULA.

Simplicio Merlo se llamaba un joven alto, rubio, simpático, elegante, que hablaba de Solon y de Bethóven, de política muerta y palpitante, de Nínive y Pavía, de flores y jabón y albeitería en esa fácil prosa en que, charlando mil, no dicen cosa que deje conocer al inquirirlo si Merlo diferenciase de mirlo. Simplicio Merlo, pues, hombre decente, de grande oreja y pie y angosta frente, largo bigote, puntiaguda pera, no dejaba de ser...—Muestre quién era la relacion verídica siguiente.

A cierta romería don Simplicio Merlo concurría, y todo concurrente, grande ó chico, dama ó galán, allí, montó borrico: mayor caballería no debieron hallar de buenas armas, y hay burros muy de bien en todas partes. Habiéndose apeado para gozar la plácida verdura de un floreciente prado, y siguiendo al ginete su montura; bicho que sin piedad las acribilla, un tábano atrevido, saltale á don Simplicio á la mejilla; y de ella sacudido, punza entre el escobón de la perilla. Simplicio en el instante las manos echa al perillan picante (perillan esta vez inadvertido), y héteme aquí mi tábano cogido. «Oiga usted, caballero,

dijo (la cortesía lo primero) Simplicio al sangrador: tengo entendido que es en ustedes uso cuadrúpedos picar; mas no me pique tábano alguno al hombre; y juzgándome digno de este nombre, debo manifestar que estoy confuso, y quiero se me explique luego, sin dilacion, cómo se abona el hecho consumado en mi persona. —Señor hombre de Dios, contesta el preso, tengo excelente olfato y mala vista, y cometí por eso culpa que me avergüenza y me contrista. Véole á usted ahora, y advierto que enamora por su talle y figura, y el aire señorial en traje curro; pero al volar aquí, mala ventura mía, que á mi honradez no corresponde, trájome á la nariz, no sé de dónde, un olorcillo á burro; y tropezando con usted á tiento, le piqué, suponiéndole jumento. —La causa ya discurro (Simplicio reparó) del desatino que usted á ciegas cometió: me sigue no lejos el pollino que monto en este viaje, y lo que usted olió fue mi bagaje. —Cierto, señor: su enojo se mitigue. Manso perdone la imprudencia mía: no supe qué pinché, ni qué me olía. Racional es usted, hecho y derecho, no bestia vil de carga. —Me doy por satisfecho,» dijo, y abrió los dedos el Simplicio, y el tábano se larga; y en pago del inmenso beneficio, grita en el aire con acerbo chiste: «Bien á burro me olías; lo eres á no dudar, pues no entendiste mis poco rebozadas maulerías. Los pinchazos agudos y frecuentes con que le rompo al asno el cerviguillo, te ofrezco, si te pillo donde á mi gusto mi rejon te alcance.» Súpose por el tábano este lance, y oyese desde entonces á las gentes en honra y gloria de Simplicio Merlo: «¿Huelas á burro tú? Señal de serlo.»

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

EL ESPÓSITO.

CUENTO ESCRITO EN RUSO POR GREGOROWITCH.

(TRADUCIDO DIRECTAMENTE AL CASTELLANO).

I.

SAN PETERSBURGO POR LA NOCHE.

El crepúsculo empieza en este momento; el sol poniente derrama su fría media luz sobre los tejados. En las profundidades de las calles todo va haciéndose gradualmente oscuro y confuso. En el firmamento no se vislumbra ni una estrella; los transeúntes apenas pueden distinguirse las facciones unos á otros. No se ven mas que barbas, bigotes y cuellos de pieles cubiertos de nieve.

¡Frio terrible! hoy parece mucho mayor que el que ha hecho durante todo el invierno. Envolveos bien en vuestra *schuba* (1) y acelerad el paso. Todos los objetos empiezan á presentar un aspecto extraño y á confundirse en la oscuridad.

Observad cómo se apodera el silencio de la ciudad. ¿Oís estos sonidos discordantes? es el canto del *isvostchik* á lo lejos, las campanillas de los trineos, el crujido de las ruedas sobre las piedras cubiertas de nieve, que ciertamente no se oirán en ninguna otra hora del día cuando mil diferentes sonidos se combinan para formar un ruido como el de un cacacol en el oído. La ciudad se hallará cansada

(1) Pelliza muy entretelada y con un cuello muy alto.

de la asombrosa vanidad de la mañana; queda tranquila por un momento recogiendo nuevas fuerzas para pasar la noche en la misma vanidad, y en el mismo tumulto.

Entre tanto el frío no respeta á nadie y todas las narices de la capital, desde la nariz de forma griega de que tan orgulloso se halla el elegante hasta la nariz gruesa y ruda del tendero, sufren igualmente esta noche. ¡Nada menos que veinte grados bajo cero! ¡Y sin embargo se dice que San Petersburgo es mas templado que las otras capitales del Norte! Hay un viento que es peculiar á San Petersburgo, el cual si, por casualidad os encontráis parados en un punto en que se juntan tres ó cuatro calles, os soplará de los cuatro puntos cardinales á la vez, y lo que es mas notable aun, soplará hasta que os haya regalado un mal de garganta, por no decir nada de que os pondrá la cara hinchada ú os dará una fluxion, cosa que es desde luego corriente.

Por fin empiezan á aparecer algunas señales que indican que la ciudad despierta, porque los que encienden los faroles, envueltos de pies á cabeza en sus pieles de oveja, corren con sus escaleras en una mano y sus linternas en la otra. Por en medio de la oscuridad que ha llegado ahora á ser densa é impenetrable, se ven brillar sus luces á lo lejos como si saltando de un punto á otro corrieran á lo largo en todas direcciones, y finalmente se extendieran por las calles en largas líneas. Desde lejos debe parecer como si la mano de un gigante invisible trazara con la mayor celeridad y con una pluma de fuego el plano de la gran ciudad.

Esta se halla cada vez mas alumbrada; multitud de gentes circulan por las aceras. Carruajes con faroles semejantes á ojos de fuego corren por la Lituania. La Morskaja y otras calles principales están intransitables; parece que han abierto una tras otra las esclusas de algun canal gigantesco.

En el día á que nos referimos habia una razon para que todo se moviera con mas rapidez y de un modo mas ruidoso que en las ocasiones ordinarias. Esta noche era sin disputa alguna la mas importante de las trescientas sesenta y cinco, porque con ella concluía el año entero. En celebracion de un acontecimiento tan memorable, casi todas las ventanas hasta las mas elevadas, se hallaban iluminadas con dos luces; pero el aspecto de día de fiesta de las casas particulares no era nada aun en comparacion con el de las tiendas. En esta noche cada ventana de tienda era una exposicion universal en pequeña escala.

La luz de gas reflejada por la plancha plateada pasaba por la porcelana, penetraba por el cristal cortado, brillaba sobre los adornos dorados y de oro, iluminaba las costosas telas, trages, gorros, sombreros y cintas, resplandecian alrededor los vasos llenos de confituras y exhibian en toda su brillantez innumerables bomboneras de las formas mas variadas, y sin duda alguna de los precios mas exorbitantes. En presencia de tales tesoros el dinero se movia por sí solo y daba vueltas en nuestro bolsillo. El aspecto festivo de las tiendas ha hecho que la poblacion entera ande por las calles, y un gran número de revendedores, seducidos por la oportunidad de tener luz gratis por las ventanas incomodan á los compradores que van á las tiendas con la exhibicion de sus banastas de manzanas, nueces y otras golosinas.

En San Petersburgo hay dos grandes épocas que producen alegría en el corazon de todos los padres, maridos, padrinos, abuelos y amantes; estas épocas son la Pascua y el día de Año Nuevo. Una semana antes de estas estaciones de fiesta, San Petersburgo deja de ser San Petersburgo y se convierte en una Arcadia. Amantes y cortesanos de toda clase que han padecido sin esperanza los cinco ó seis meses últimos, se hallan ahora fuera de sí de alegría por lo que esperan. Durante este tiempo dichoso hay un cambio perpetuo de sonrisas, expresiones dulces, billetes

afectuosos, miradas cariñosas, tiernos apretones de manos y besos que suenan dulcemente, que no pueden menos de excitar vuestra envidia. Los criados mismos, los cocineros, los cocheros y aun los porteros, proceden repentinamente con amabilidad y os admiran por la delicadeza de su política.

Al ver esto podríais figuraros que cada uno lleva en su bolsillo una garantía escrita de que en el año próximo va á ser incomparablemente mas feliz que lo ha sido en el que acaba de pasar. Sí, la alegría está pintada en todos los rostros y en efecto prevalece sobre todo. Va con el viento por todas las calles y plazas, sale y entra por todas las puertas, sube por todas las escaleras y penetra en todas las habitaciones, aun en las bohardillas y en las cuevas.

Pero ¿lo confesaremos? Entre toda la familia de calles de San Petersburgo (no hay familia alguna que no tenga su monstruo) hay indudablemente calles apartadas y silenciosas en las que apenas puede hallarse una señal de alegría, ni aun en la aproximacion del Año Nuevo; donde no se oye ni las alegres exclamaciones de los que van á pie, ni el ruido de las ruedas de los carruajes; donde no se percibe mas que el zumbido del viento que pasa furtivamente como un ladrón á lo largo de las paredes, haciendo que vacilen en el aire las luces solitarias y abandonadas de los faroles, y barriendo una parte de la nieve de los tejados de las bajas casas de madera.

El ruido que se siente en la nieve anuncia que se acerca alguien; es un hombre que no vá solo, lleva un muchacho á su lado. ¡Qué figuras tan lastimosas! El muchacho tendrá unos siete años; su rostro ovalado no carece de belleza, pero no hay nada de placentero en él; seria en vano buscar en esta fisonomía la sonrisa ó la mirada alegre que conviene á una criatura de tan tierna edad; es verdad que va pobremente vestido, y que en este terrible callejón el viento sopla con violencia sin que se lo impidan ni casas elevadas, ni la multitud de los transeúntes. El que acompaña al muchacho, según todas las apariencias, está también miserablemente vestido, pero esto no es nada aun; la causa principal de la tristeza y de la ansiedad marcada en su rostro, proviene de que el muchacho va tiritando. Quitándose del cuello una bufanda de lana que le habia servido de corbata, el hombre envolvió cuidadosamente en ella al niño, el cual después de esta operacion echó á andar con mas vigor, sopándose con mas ánimo sus pequeñas manos. Después de haberse privado de su bufanda, el protector del muchacho se halló únicamente con un paletot viejo, un par de pantalones y un gorro, por debajo del cual pendian en desorden grandes rizos de cabellos negros como el ébano.

La confusa luz de los faroles de aceite nos permite ver su rostro, el cual está en armonía con su trage, apareciendo tan gastado, tan triste y no mucho mas joven que la ropa misma. Al verle en este trage se comprende fácilmente por qué este hombre no se presenta en la Perspectiva Newsky, y mas aun cuando al mismo tiempo cojea y lleva unas botas que parece que le han servido para dar varias veces la vuelta al mundo. Evidentemente este hombre no tiene nada que ver con la alegría general.

II.

EL ACRÓBATA HELADO.

El hombre de trage tan miserable á quien hemos dejado debajo de un farol en una calle casi inhabitada, no es otro mas que el acróbata Jasha Giletnikoff, uno de estos hombres que durante la Pascua y el Carnaval trabajan en tablados y durante el resto del año visitan los patios de las casas, y acompañados del sonido de la flauta y el tamboril, dan saltos sobre las sillas y vueltas con los pies en el aire, saltan como las ranas y echan la cabeza hacia atrás hasta tocar casi con sus talones. Jamás

hubo capitalistas en este cuerpo respetable, pero el mas pobre de toda esta clase era indudablemente nuestro amigo Jasha Giletnikoff. Debemos advertir aquí que Giletnikoff no era su apellido; el apellido de Jasha estaba perdido en la mas completa oscuridad y Giletnikoff no era mas que un apodo. Jasha no habia empezado su carrera en los tablados como la mayor parte de sus compañeros, sino en la tienda de un sastre, donde por espacio de algunos años se habia sentado con las piernas cruzadas á la moda turca, y su carrera en este oficio concluyó del mismo modo que habia empezado, es decir, haciendo chalecos; de esto provenia su apodo de Giletnikoff (1).

No es del caso el referir aquí por qué Jasha habia abandonado la posicion magnífica de sastre, por la incierta de acróbata, porque esta última no es muy lucrativa. Todo puede ir bien si la bondadosa naturaleza ha concedido una fuerza hercúlea al mismo tiempo que unos miembros incapaces de sentir la fatiga, una piel gruesa que aunque no esté protegida mas que por telas ligeras sea insensible al frío, y unos huesos tan duros que si el acróbata llega á caer sobre las piedras, no haga mas que levantarse, toser y mostrar que puede librarse á sí mismo de los efectos de la caída; pero si la naturaleza le ha negado sus dones ó si con un pecho atacado de tisis próxima, no le ha concedido mas que unos miembros muy débiles, ¿qué sucederá entonces? Aun entonces no sucederá tampoco nada de particular; todo seguirá su propio camino, porque de un modo ó de otro alguno resistirá con un pecho débil y ahora mismo vemos un vivo ejemplo de esto en Jasha Giletnikoff.

Sin embargo, Jasha, no murmuró jamás de su suerte, aunque últimamente le hubiera sido muy difícil el sostener con su nariz una silla con un muchacho sentado en ella; este muchacho era el mismo que iba con él por la calle. Sus músculos tambien se resentian cuando hacia varias contorsiones y sus cejas temblaban cuando trataba de andar con sus manos llevando los pies en el aire; pero lo que Jasha temia sobre todo era el frío; ¡javersion bien desgraciada para un hombre que tenia que presentarse todo el año con un trage de tela ligera ó de punto!

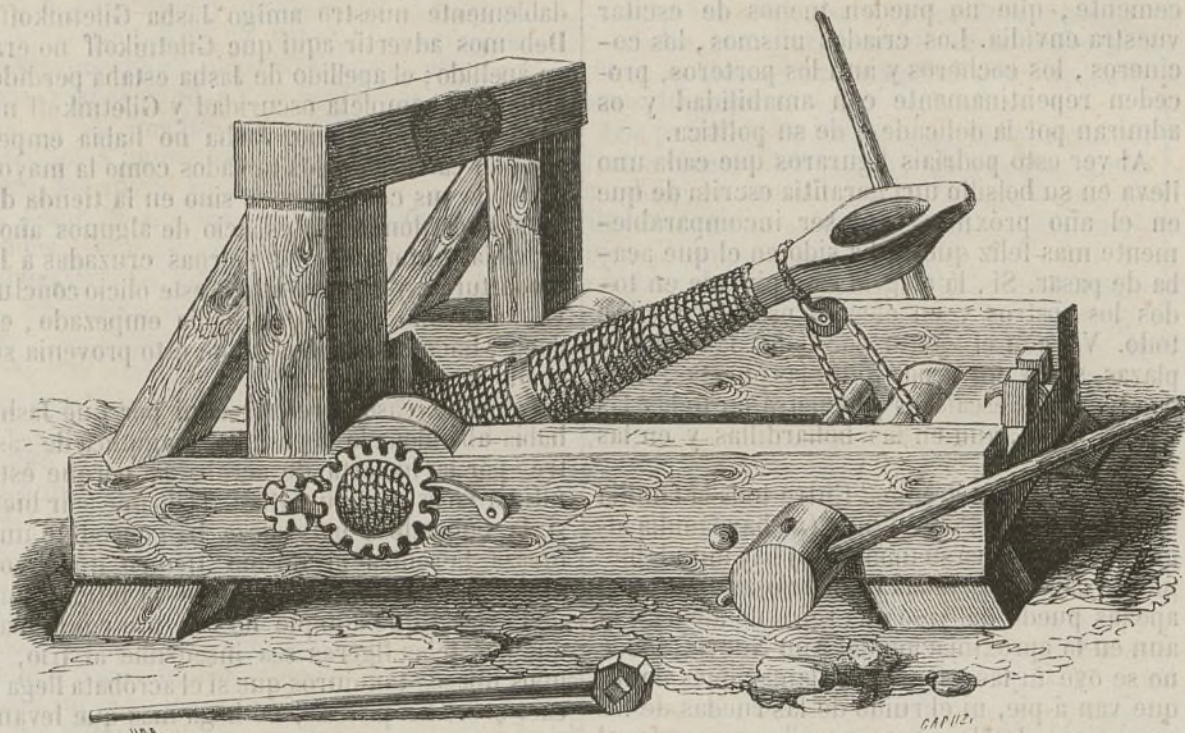
(Se continuará.)

QUE SE LO CUENTE A SU TIA.

LETRILLA.

Si dice Blas, que el amor
Le ha casado con su esposa,
Que es tan vieja y horrorosa,
Y hasta mirar da temor
Aquella cara de arpía,
Que se lo cuente á su tia.
Y si Matilde vá en coche,
Y dice que en el taller,
Con hilvanar y coser,
Gastar puede á troche y moche
Y á honradez te desafia,
Que se lo cuente á su tia.
Mujer vieja y remilgada,
A quien nadie el moño ha visto,
Porque siempre va provisto
De cintajos y enramada
Solo porque se resfia,
Que se lo cuente á su tia.
El otro que no hace un mes,
Vista fue de una aduana,
Y hoy con la conciencia sana
Gran capitalista es,
Tirando el oro á porfia,
Que se lo cuente á su tia.
El comerciante ó banquero,
Que por hombre de bien pasa,
Tiene una quiebra en la casa,
Y al quedarse sin dinero
Lo gasta como solia,
Que se lo cuente á su tia.

(1) Giletnikoff viene de la palabra francesa *gilet*, chaleco. Esta vez se ha introducido en el ruso.



La Catapulta.

Cuando al pobre pretendiente

Responde el ministro afable:

«¡Ah! su conducta es loable,

Ya le tendré á usted presente:

Pásese usted otro día.»

Que se lo cuente á su tía.

Ayer tarde Juan Plagento

Un romance me enseñó;

Que de su pluma salió

No lo he dudado un momento,

Mas de su testa vacía!

Que se lo cuente á su tía.

Si al que ves con tanto afán

Por ganar las elecciones,

Al perder sus ilusiones,

El cargo que no le dan

Diz que renunciar quería,

Que se lo cuente á su tía.

Hombre que siempre ha tenido

De una gallina el valor,

Que á las armas tiene horror,

Y cuenta que se ha batido

Con arrojo y sangre fría...

Que se lo cuente á su tía.

A Juana, que fue doncella

De mi casa el mes pasado,

La ví ayer tarde en el prado

Y en elegancia descuella.

«Le cayó la lotería».

Que se lo cuente á su tía.

Fuí pobre y me despreciaba,

Soy rico y por mí se muere,

Dice... que mucho me quiere,

Que amor siempre la inflamaba,

Que solo por mí sentía...

Que se lo cuente á su tía.

Y á la mentira irrisible

Y difícil de creer,

Y á lo que no puedas ver

Sin conocer su imposible,

Lánzale siempre la mia,

Que se lo cuente á su tía.

ADRIAN VIJES GIRON.

LA CATAPULTA.

Entre la multitud de aparatos militares que usaron los antiguos, ya para defenderse, ya para atacar al enemigo en el campo de batalla, ya para destruir los muros y las fortificaciones,

sobresale la *catapulta*. Esta, que algunos confunden con la *ballista*, servía para arrojar piedras á gran distancia causando horribles estragos; la *ballista* se empleaba en lanzar varias flechas á la vez sobre los contrarios, aprovechando la elasticidad de las maderas que vuelven á tomar su primitiva forma después de haberlas encorvado; era una especie de arco gigante que necesitaba un torno para tirar de la cuerda. A pesar de la rareza del *arte*, de la *testudo*, de la *ballista* y de otros muchos instrumentos antiguos usados en la guerra, damos la preferencia al grabado que representa la *catapulta*, por ser el menos conocido de todos, no obstante el gran uso que de él se hizo en los primeros tiempos de España y de lo mucho que aparece su nombre en la historia de los fenicios, cartagineses y romanos. Mas adelante daremos grabados de los demás.

J. DE D.

AGRICULTURA.

APICULTURA.—Las abejas, ha dicho Reaumur, son una rama de la economía rural, mucho mas preciosa por hallarse al alcance de los pobres habitantes del campo. No requiere pastos, ni labores, ni simientes, y este género es donde se puede decir con exactitud que se recoge sin sembrar. Estas verdades son bien comprendidas actualmente, y la esposicion apícola que acaba de celebrarse en el jardín zoológico del bosque de Bolonia, ha permitido apreciar los progresos manifiestos que la crianza de las abejas ha tenido en los últimos años. Las mieles en panales estaban, por lo general, bien preparadas y prensadas con gusto, haciéndose distinguir por el buen acabado y primor de aquellos. Las mieles coladas no eran menos hermosas, y veíanse muestras de todos los principales distritos melíferos de Francia. Abundaban, las orzitas con miel, y las menos graciosas se hallaban realzadas por el modo con que estaban puestas, por un rótulo ó por cualquier otra friolera que llamaba la atención. Los esponentes habian comprendido, que para aumentar el consumo de la miel y para colocarla en las mesas de lujo, al lado de las golosinas, que la confitería da á luz diariamente, era in-

dispensable revestir con agrado este producto y presentarlo bajo una forma atractiva.

Las ceras presentadas mostraban tambien notable progreso en el arte de prepararlas. No solamente se trabajan mejor en el día, sino que tambien se sabe aprovechar los residuos que en otro tiempo se perdian. Las aguas melosas se han convertido en bebidas sanas y agradables; las de las ceras grasas se han destilado y producen un aguardiente mas ó menos bueno, segun que está mas ó menos rectificado. Como treinta muestras de hidro-mieles, tanto comunes como aromatizadas, aguardientes y ratatias, indican claramente que la atención se ha dirigido hácia esta industria. Hacemos mencion tambien con el *Apicultor*, del cual tomamos estos pormenores, de una muestra de vino de miel, hecho con uvas de mediana calidad, venidas del Oise, y cierta cantidad de buena miel, lo cual no debe pasar desapercibido á los apicultores que tengan viñas en parajes donde las uvas maduran mal. Deben tambien indicarse otras aplicaciones de la miel, tales como barnices y esencias de espíritu de miel, dulces y jaleas, pastelillos y bombones. Los instrumentos presentados eran por lo general sencillos y de fácil aplicacion. Notábase entre ellos unos aparatos para trasegar las abejas, para hacerles aceptar una reina forastera y para trasladar á ésta, unos moldes para hacer colmenas de paja, etc.

LAS BLANCAS.

ROMANCE.

Las Blancas son mi delicia,

por las blancas me enardezco,

si al par que blancas y hermosas

son hijas de algun banquero.

A una Blanca de Rodriguez

amé yo con tanto fuego,

que era mi dicha, mi gloria,

el blanco de mis deseos.

Pero un tal Blanco, su primo,

de un tio rico, heredero,

birlóme al punto la novia

dejándome en blanco, el necio.

Desde entonces á los Blancos

no puedo ver ni aun de negro;

siendo el blanco de mis iras

todo lo que blanco veo.

A pesar de esto, á las blancas

culto les sigo rindiendo:

¿cómo no, si son el norte

de acciones y pensamientos?

Si una blanca yo tuviera

cuando una blanca yo anhele,

ó una blanca necesito

para salir de un aprieto,

Sería el ser mas dichoso

y el mortal mas satisfecho,

que hubiera desde el mar Blanco

hasta el Mont-Blanc, por ejemplo.

Y en fin, para concluir

con tanto y tanto lanqueo,

os diré que en mi bolsillo,

lectores, está el misterio.

PEDRO F. REYMUNDO.

CANTAR.

Ausencias causan olvido

dice un refran castellano,

No lo acertaron, morena,

que aunque estás lejos, te amo.

MANUEL SECO Y SHELLEY.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias después de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martin, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Duran, Carrera de San Geronimo; Dochno, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Mathen. En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los correspondientes de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.